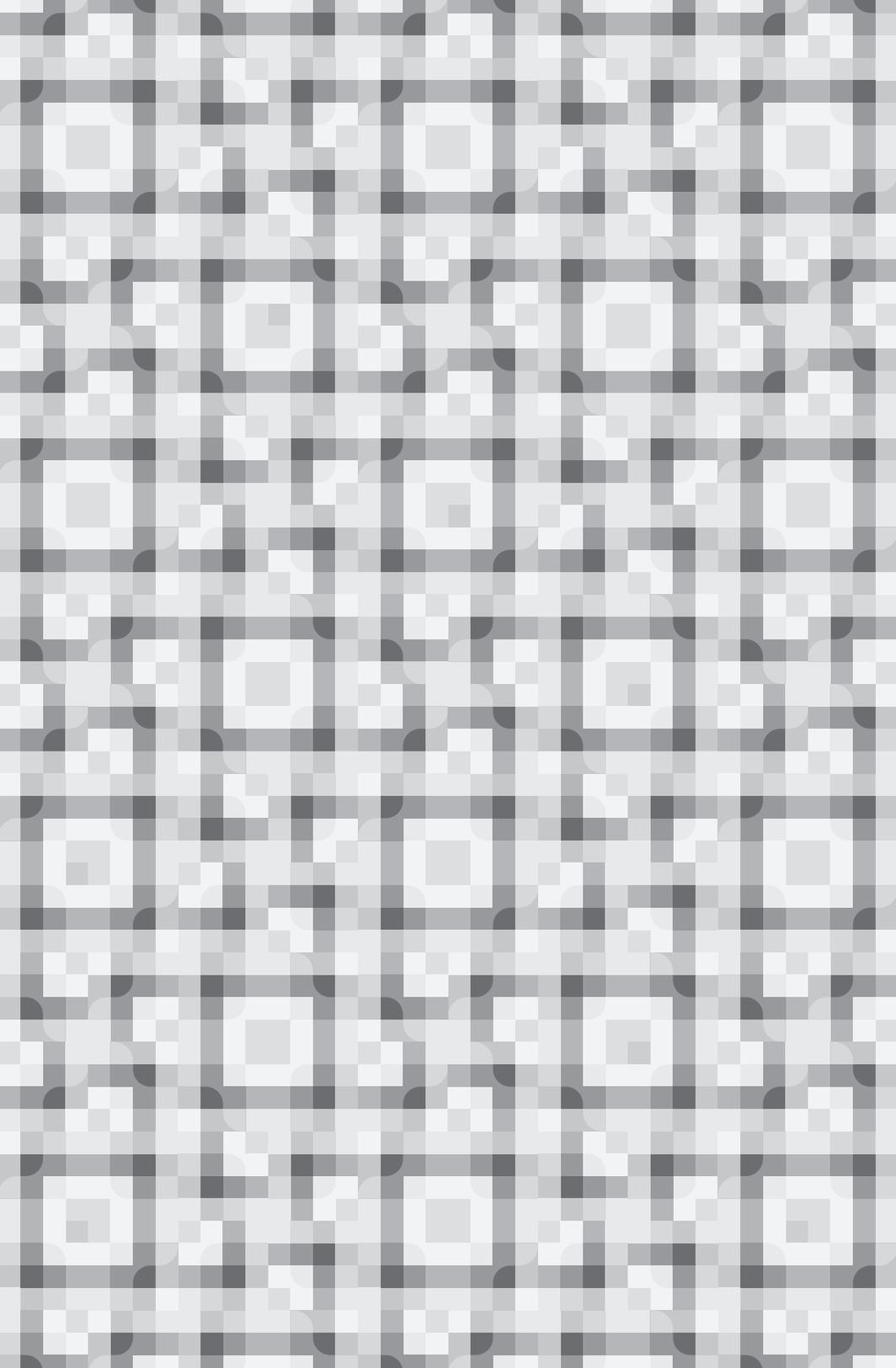


Cuento

Temática: Relación México - España





Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió

Octavio Daniel Márquez Palomo

Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió, que hablase de los hombres de corazas relucientes y bestias nunca antes vistas, de los cañones que rompieron el aire con su trueno y de la sangre que tiñó los caminos. Pero ¿qué más puede decirse de esa conquista, si ya otros han dejado su rastro en la palabra? Atendiendo a ello, yo prefiero contar una conquista distinta, una que no tomó tierras a hombres, sino que arrebató un hombre a Dios.

Antes, cuando el mundo era solo el lago y sus márgenes, los días pasaban con la calma de quien nunca ha conocido el fin. La bruma de la mañana se alzaba sobre el agua, los reflejos del sol la volvían de oro, y las trajineras cortaban la superficie dejando en su estela la risa de los niños. Mis pies conocían los caminos de tierra húmeda, mis manos el tejido de las redes, mi cuerpo el ritmo de los canales en que corrían llevando vida a todo el pueblo, aún recuerdo mis pies de niña sumergiéndose entre lodo, yerba y lombrices.

Pero un día vinieron rumores de más allá del horizonte, de un sitio que no era lago ni río ni laguna, sino algo mayor, algo que nunca se acaba. Hablaban de una extensión de agua tan vasta que no tenía orillas, donde los hombres navegaban días enteros sin encontrar tierra firme. Decían que en esa lejanía vivían aquellos vestidos de hierro, hombres que no eran hombres, que no comían, que no dormían, que solo avanzaban con la determinación de la tormenta.

Las palabras vinieron antes, luego llegó la certeza.

Los primeros en llegar fueron los hombres de guerra, los que tenían la mirada de la serpiente y la mano rápida para la muerte. Eran de piel extraña, pálida como la flor del maguey, y su lengua era un sonido de piedras rodando en la garganta. Detrás de ellos vinieron otros, los de los números y los pergaminos, los que no llevaban armas, pero medían las tierras y las gentes con la frialdad del que observa un rebaño.

Aquellos hombres temían el agua. No se aventuraban en el lago si no era necesario, miraban sus sombras en la superficie con desconfianza. La tierra bajo nuestros pies, blanda y oscura los hacía vacilar. La niebla matinal les pesaba en el pecho como un mal presagio.

Y entre ellos, un día, llegó aquel hombre. Bajó de un carro que llevaba cebolla y papa y tres alteros de libros. Era distinto. No tenía la altivez del conquistador ni la certeza del contador. Era joven y alto, con ojos verdes que miraban sin ver, la nariz afilada y la piel oscurecida por el sol y la fatiga. Vestía una túnica vieja y empolvada, la cabeza rapada salvo por los lados, y de su cuello colgaban cuentas de madera que hacían: “cloc, clic, cloc, clic” con su paso. Caminaba de un lado al otro con unas alpargatas, unos pedazos de deshechas correas de cuero crudo y remendos de cuerda. Un tololo que siendo, después de los caballos, lo más interesante que había cruzado el mar.

No hablaba nuestra lengua, y aunque hablaba la lengua de los que llegaron, poco parecían entenderse. Hablaba solo y nadie le respondía. Se le veía ir de uno a otro, intentando encontrar sentido en las miradas, pero su voz se perdía en el aire.

Un día a la tarde, cuando el sol caía detrás de los cerros, el hombre caminó hasta la orilla del lago donde yo siempre tejía y se sentó. Se desató las sandalias y metió los pies en el agua. Fue la primera vez que me detuve a no solo mirar el humo sobre el espejo, sino a travesarlo y observar con el corazón. No sé qué fue lo que me detuvo a contemplarlo, ¿por qué no aparté la vista como lo hacían los otros? Tal vez porque él no tenía la dureza de los que llegaron primero, ni la indiferencia de los que vinieron después. Había algo en él que se deshacía, que se disolvía con cada día que pasaba en esta tierra ajena a él.

Desde ese momento, todas las tardes yo lo miraba desde la maleza, con la misma paciencia con la que el jaguar acecha en la espesura. Cada jornada repetía la misma rutina. Se esforzaba por hablar con los nuestros, pero nadie entendía sus palabras. Andaba de un lado a otro, buscaba en los rostros una respuesta que no llegaba. Y tras ello se hincaba y apretaba las manos frente al pecho con las cejas endurecidas sobre sus ojos cerrados, se hacía tan pesado en su orar que al llegar las vísperas de la noche sus rodillas se habían hundido hasta la mitad del muslo.

Con el tiempo, su cuerpo fue cediendo a la desesperanza. Cada noche se le veía más delgado, su túnica colgaba en él como un estandarte sin viento. Su piel, que antes llevaba la huella del sol, se tornaba ceniza.

Hasta que un día, al caer el sol, se sentó en la orilla del lago como de costumbre, pero ahora, comenzó a llorar.

El llanto temblaba en su pecho antes de salir, como si su alma misma se diluyera en lágrimas. Sus ojos, aunque verdes, lloraban como los de cualquiera. Mi calma cedió. Algo en ese vibrar me empujó a salir. Me deslicé entre la maleza, no para hablarle ni para preguntarle nada. Solo para tocarlo. Para que supiera que no era invisible.

Pero antes de que pudiera acercarme, él se deshizo de su túnica y esta cayó en tierra como si de plomo estuviera hecha.

Quedó desnudo ante el lago. Su cuerpo delgado y marcado por la falta de alimento, sus huesos apenas ocultos por la piel, la musculatura de alguien que ha caminado demasiado y comido poco. Las costillas se asomaban en su pecho, el vientre era solo la sombra de su columna.

Y, sin embargo, en su delgadez había algo más fuerte que la carne. Algo que lo hacía ajeno a sí mismo, como si ya no se perteneciera.

Se metió en el agua. Y, yo, me fui acercando.

Miraba entre la maleza, y la espesura dejó que me deslizara sin ruido. Él se arrodilló en la orilla un momento y luego hundió los pies en el agua, el llanto recorría sus mejillas, lindos y frustrados ríos que iban de sus ojos hasta el cuello.

Fue internándose en el agua y su cuerpo flaco, tallado por el hambre, brillaba como luna entre la oscuridad del lago, se encorvó un momento, como si su propia desnudez le pesara. Bajó al agua con una lentitud que parecía ceremonia, y cuando el frío lo cubrió hasta el pecho, dejó ir el aire con un suspiro que retumbó en la superficie.

El lago lo envolvía. La luz nocturna tocaba el agua y la hacía respirar en reflejos celestes, haciendo que toda la bóveda estuviera contenida en aquel lago con él siendo el centro.

Observé desde la sombra, inmóvil, y sin darme cuenta seguía avanzando, hasta que sentí la humedad en los tobillos. El agua me subía por las piernas, resbalaba por mi piel oscura, anillaba mis anchas caderas y el agua rizada por el viento mecía el peso de mis senos.

Él tenía la mirada en otra parte cuando avancé. Entre nosotros, la unión de ambas respiraciones hacía un hilo que se tejía y se tensaba al centro del lago contrayéndonos con impetuoso cariño.

Me vio cuando ya estaba cerca, cuando el resplandor sobre las ondas reveló mi forma. Un instante, su pecho se crispó, pero el temor se disipó con curiosidad, sus ojos enjuagados con lágrimas embriagaban de flores mi corazón.

No hubo palabras. No hacían falta. Cuando su aliento y el mío al fin se alcanzaron descansando en el cuerpo del otro, levanté mi mano y con un dedo le toqué la nariz. La gota que dejé sobre la punta de su piel tembló un momento antes de caer. Bajé por su mejilla, y él dejó que mi tacto lo dibujara. Cuando llegué a su mandíbula, sus dedos emergieron del agua y atrapó mi muñeca para después deslizarse entre falanges y sus guerreros con los míos descansaron intrincados. Con su otra mano, su pulgar rozó mis labios y dejó en ellos el peso de otra gota. Le besé la nariz. Ruborizados nuestros reflejos se encontraron en el agua que nos imitaba. Se miraron antes de que nosotros lo hiciéramos.

El calor subía del fondo del lago. Subía con el roce de su mano que bajaba por mi espalda y con la mía que ascendía por su pecho. Sus dedos descubrieron la curva de mis caderas, y las líneas de su carne se marcaron contra la mía. El agua temblaba con nuestra respiración.

El primer roce fue apenas una insinuación, un movimiento imperceptible, pero la corriente se llevó la prudencia y en su lugar dejó el instinto, ese ritmo ajeno a la razón. La humedad que nos rodeaba no era solo la del lago, era la de la carne que reclama su sitio, la de la boca que encuentra su cauce en la piel del otro.

El vaivén del agua dictaba el compás. No había voluntad, solo el fluir. Con atención aprendía la forma de mis senos, la tersura de mis muslos, el surco que recorre mi espalda. La presión de sus dedos me hundía más en la certeza de que no era un encuentro, sino un regreso. Su boca dejó su alma en mi cuello y mi piel se estremeció con la certeza de su presencia, de su cuerpo dentro del mío, de la unidad que se había sellado sin que ninguno pudiera advertirlo.

El agua nos separaba y nos unía a la vez, desdibujaba los límites de lo que éramos antes de ese instante. Nuestros cuerpos se movían como guiados por una fuerza que venía de más atrás que nosotros, más atrás que las palabras, más atrás que el océano que lo trajo hasta mí. El peso de su deseo hundiéndose en mi vientre me hacía olvidar el aire, olvidar

el fin de mi cuerpo y el inicio del suyo, olvidar que alguna vez habíamos sido dos.

Su cuerpo me sostenía con la urgencia de quien se aferra a algo que no quiere perder. Su pecho golpeaba contra el mío con violencia. La marea subió, arrastrándonos con ella. La presión creció entre nosotros hasta que la última ola nos envolvió en su cima y nos dejó caer juntos. En ese instante, cuando el calor se esparció entre nuestras piernas y el agua nos rodeó en su abrazo final, entendí por qué todo había sucedido así. Por qué el océano lo había traído, por qué el lago lo había acogido, por qué mi cuerpo lo había esperado sin saberlo.

No era una cuestión de voluntad. No era el designio de un dios ni la tentación de un demonio. Era el agua reclamando lo que le pertenecía. Era la tierra asegurándose de que todo volviera a su cauce. Era el principio de algo que nunca debió estar separado. Y yo sabía que, aunque el tiempo nos arrastrara lejos, aunque la historia nos olvidara, el eco de esta unión seguiría vibrando en el agua, como la estela de una barca que se aleja, pero nunca desaparece.

Posfacio

Pasaron meses y luego años en que fuimos amigos de gran aprecio. Al morir mi padre, él me alojó en una casa grande casi en ruinas cerca del lago que pertenecía a uno de sus hermanos que había ido a trabajar las minas. Al irse él, tras quedar víctima de fiebre y del hambre de un oso en una expedición tierra adentro, quedé sola con dos idiomas nuevos y un pilar de libros. Pasaba mis tardes leyendo aquello, a ver si en esas páginas lo encontraba, esforzándome por recordar las clases de teología y latín de mi comido maestro, tanto que llegué a sostener largas conversaciones con san Agustín y Aristóteles mientras tejía, y se me desformaba tanto el semblante que muchos habránme tenido por loca. Y entre esto, mi edad y la fama de sacrílega profanadora del velo sa-

grado, mis esperanzas en esta comunidad se redujeron a las de celestina —libro que tenía bien guardado el amigo—, y entonces empecé a desempeñar aquella labor. Sin embargo, al cabo de unos años, las ingratas damas a las que acomodaba con encomenderos y licenciados, dada la facilidad de idioma, dejábanme con más gastos que despensa, pues sus retoñillos vaciaban la humilde alacena de quien habla. Cuando llegué a completar discípulos para la Última Cena, me quedé sin damas que sostuvieran tal jauría de tragones.

Lo peor del caso es que, viendo esto, lo mejor que se me ocurrió fue ponerles nombre. Puesto que ya había señalado el símil con los discípulos, me fue fácil. Decidí formarlos por estaturas e irlas nombrando: a los primeros cuatro, Pedro, Andrés, Juan y Santiago; y por no repetir Santiago, al quinto púsele Agustín; luego Felipe, Bartolomé y Tomás; al noveno lo llamé Leví, porque me pareció más místico que Mateo. Cuando llegué a los Judas, resolví llamarlos Tadeo y Tlacaélel, por no perpetuar ese nombre, no por fervor religioso, sino por mero buen gusto; y al último, que debía ser Simón, insistió con que ya tenía nombre, a lo que tardé en explicarle que “Perro” no era nombre real, pero, siendo lo malcriado que era, terminamos llamándolo Simón Perro, aunque después se quiso cambiar el nombre a Gonzalo.

Y, al ser bestia nombrada, es bestia amada. Los contemplé, dándome cuenta de que ya hacía tiempo que no observaba nada como ahora lo hacía: güerejitos narigones, caritas ovaladas y ojos de tuna, bocas chicas y pieles morenas. Veía el inicio de algo nuevo, un mundo que era desconocido para todos, uno que sin ser España era español, y sin ser mexica era mexicano.

Con el compromiso a cuestras, por fin limpié y sacudí aquella casa vieja para dejarla lo mejor un se pudiera, busqué en labranzas y en haciendas, pero nada alcanzaba, hasta que, puesto el convento de San Bernardino, escuché que se presentarían comedias, a las que asistí con mi respectivo séquito. A mitad de la función, Aristóteles no me dejaba de molestar, diciéndome que yo podría haber escrito mejor

aquella comedia. Con la cara retorcida salimos de ahí, y los mestizos concluyeron que era por mi pasado profano, y que era la presencia de Dios la que me alteraba de esta manera.

Al llegar a casa tomé un camisón y, sobre este, comencé a escribir una nueva comedia; y por la mañana ya había acabado una jornada en tres camisonos y la sábana. Llevé el camisón fuera para lavarlo y, al darme cuenta de que Bartolomé corría con la camisa y con nada por debajo, dejé el camisón y fui a poner orden. Al salir de tapar las menudencias del niño, me encontré con un fraile que leía mi camisón. Él me dijo que le parecía buena y me preguntó por quién la había escrito. Iba a decir que yo, pero Aristóteles me detuvo, a lo que decidí que sería mejor adjudicarla a fray Gonzalo de Xochimilco, quien supuestamente fue autor y me las había dicho, y yo las había aprendido de memoria. Así fue como me volví escritora de comedias, y gracias a ello pude alimentar a muchos huerfanitos, no solo doce, sino cientos, o tal vez más, a los cuales hoy agradezco que vengan con nombre.

Hoy, en el ocaso de mi vida, los autores de mi cabeza me piden que deje por escrito lo que aquí sucedió. Pero, aunque ellos lo pidan, este texto es dedicado a todos esos mestizos que reniegan de su pasado, para que encuentren la paz entendiendo que nada de lo que son sería sin su pasado. Abrácenlo y obsérvenlo con el corazón, pues es la única manera de ver lo valioso de nuestra vida.

Al ser este mi primer texto sin el nombre de aquel fraile amigo, he decidido nombrarme con un anagrama casi exacto del autor que más admiro.

Escrito por Noelia Palmad.